

## LA DECÁPOLIS

*Amman, Jerash, Um Qais, Arbid, Pella.*

**El general romano Pompeyo ocupó Siria en el año 63 a. de C. Lo elemental de la estrategia de conquista pasaba entonces por asediar las ciudades hasta que, una a una, fueran cayendo y con ellas todo el territorio que dominaban. Así, mediante su conquista el Reino de Judá pasó a control romano. Pero las invasiones de entonces, como las de ahora, no eran solamente militares. La cultura, la religión y las ideas también libraban una batalla por imponer su hegemonía. Y como en cualquier guerra, había que protegerse, así surgió la Decápolis.**



En el ámbito militar bastaban los ejércitos, pero las legiones no podían controlar las ideas o las creencias religiosas y estando Jordania en el centro del comercio entre oriente y el occidente romano, era camino de paso obligado y, por tanto, lugar de arraigo de las nuevas creencias.

En la época romana los profetas ya llevaban mucho siglos de existencia. Hacía mil quinientos años que Abraham había sido designado por Dios como el guía de todos los pueblos y hacía también mucho tiempo que Moisés había guiado a su pueblo durante el Éxodo recorriendo las tierras jordanas, las tierras que ahora estaban en manos del Imperio Romano.

En el aspecto militar las legiones imponían su fuerza y para todo lo que no era estrictamente militar se creó la Decápolis, una coalición de diez ciudades que el general Pompeyo auspició con el único objetivo de paralizar la influencia judía. Esta unión de ciudades fueron inicialmente diez aunque, con el paso del tiempo, se les unieron otras aunque nunca perdió su nombre originario. Su objetivo era contener la influencia religiosa e ideológica judía y no permitir que penetrara en el imperio. Este cordón sanitario de contención formado por estos núcleos urbanos es mencionado con constancia abrumadora en las Sagradas Escrituras. Esta línea de ciudades se extendía, como un rosario, desde Siria hasta Jordania y para asegurar su fidelidad al imperio se le otorgaron toda clase de privilegios y prebendas que hicieron que en su época fueran las más ricas de sus territorios. Estas ciudades fueron escenarios de incontables sucesos y relatos.

En el Nuevo Testamento existen numerosas referencias a la coalición de forma conjunta y, más todavía, individualmente de cada una de las ciudades que la formaban. Mateo menciona que muchos grupos de las diez ciudades siguieron a Jesús.

“Y le siguió una gran muchedumbre de Galilea, Decápolis, Jerusalén y Judea, y del otro lado del Jordán” (Mateo 4:25). También Marcos relata como Jesús curó a un sordomudo en esta zona: “pasó por Sidón dirigiéndose a Galilea en las diez ciudades, le trajeron un sordomudo... se le abrieron los oídos, se corrigió el mudo de su lengua y habló con elocuencia”. También Marcos cuenta como Jesús curó a un hombre del mal que le habitaba en el cuerpo y de cómo este hombre se fue hacia las diez ciudades relatando los milagros de Jesús.



“Al llegar él a tierra, vino a su encuentro un hombre de la ciudad, endemoniado desde hacía mucho tiempo y no vestía ropa, ni moraba en casa, sino en sepulcros (...) Y le preguntó Jesús diciendo ¿cómo te llamas? y el dijo: Legión. Porque muchos demonios habían entrado en él. Y le rogaban que no los mandase ir al abismo. Había allí un hato de muchos cerdos que pacían en el monte y le rogaron que los dejase entrar en ellos, y les dio permiso. Y los demonios, salidos del hombre entraron en los cerdos y el hato se precipitó por un despeñadero al lago, y se ahogó” (Mateo 8:28-34 y Marcos 5:1-20). Estos hechos acaecieron en Gadara, actualmente Um Qais, una de las diez ciudades que componían la Decápolis. Um Qais, o Gadara, fue famosa como un importante centro de cultura y se encuentra situada en lo alto de una

colina de casi 400 metros de altitud con esplendidas vistas sobre el valle del Jordán, el Mar de Galilea y los Altos del Golán. La ciudad conserva impresionantes ruinas antiguas con columnas de basalto y edificaciones que todavía muestran en sus restos su pasado esplendor. Por aquí pasaron griegos, romanos, bizantinos y otomanos dejando sus huellas que hoy son perceptibles en las ruinas de la urbe. Las excavaciones llevadas a cabo han dejado al descubierto tumbas, teatros (especialmente bien conservado es el del oeste), una iglesia octogonal de bella factura y la planta de la basílica. En el lugar existe un museo en cuyos soportales se exhiben mosaicos y estatuas y cuyo interior muestra los descubrimientos realizados en los trabajos arqueológicos llevados a cabo.

La existencia de la Decápolis fue mencionada por Josefos, el historiador judío, aunque sin hacer referencia a cuales eran. Fue Plinio el Joven, el famoso escritor romano, el que nos dejó la constancia de sus nombres: Damasco, Filadelfia (actual Amman), Silópolis (Pisan), Gadara (Um Qais), Hibos, Dion, Arbola (Arbid), Bila, Guiraza (Jerash) y Kanatha (Kana). Todas ellas, excepto Silópolis, se situaban en el lado oriental del Jordán, siete de ellas en Jordania y Jerash era una de las más florecientes.

Jerash era ya una ciudad poblada en la edad del bronce según confirman las cuevas excavadas en el noreste de la ciudad y ya antes de la época romana había experimentado un importante desarrollo durante el reinado de Ptolomeo III. Era entre el 246 y el 221 a. de C.

Más tarde, entre el 102 y el 76 a. de C. la ciudad fue tomada por los judíos y permaneció en sus manos hasta la llegada del general romano Pompeyo que la conquistó a mediados del siglo I antes de nuestra era en el transcurso de la campaña que le permitió la conquista de toda Siria y toda Jordania. Tras su ocupación los romanos dividieron las nuevas tierras del imperio en provincias, siguiendo sus costumbres, y Jerash quedó incorporada a la provincia de Siria. Posteriormente los romanos rehicieron su estructura urbana y volvieron a planificar sus calles convirtiéndola en modelo de desarrollo y de reubicación de casas y templos.

La ciudad disfrutó de paz y seguridad durante decenas de años bajo el gobierno romano. Según los historiadores, la importancia que consiguió en esta época pudo deberse a su cercanía a unas importantes minas de hierro y no tanto a su posición geográfica, pero de lo que no cabe duda es que tuvo un gran auge. La coalición que mantenía con el resto de las ciudades de la Decápolis se mantuvo hasta el siglo IV d. C. cuando los bizantinos reorganizaron el territorio. Los arquitectos bizantinos mantuvieron el diseño romano dejando la calle principal como eje central y respetaron la estructura urbana. Esta vía central estaba ricamente decorada con filas de columnas en los dos lados y se cruzaba

con dos calles transversales de modo que podían controlar todos los movimientos dentro de la ciudad. Algunas escrituras han sido descubiertas al norte de esta gran avenida e indican que sus murallas fueron levantadas en el año 75 d. C.

La antigua plaza del Mercado tiene forma de herradura con columnas situadas en los laterales mientras en el suelo todavía perduran las losas de piedra con la que fue allanado. Este enclave fue el corazón de la ciudad y los vestigios que todavía hoy se



pueden contemplar muestran muy claramente el esplendor y majestuosidad que tuvo en otra época. Uno de los ejemplos arquitectónicos que muestran esta magnificencia es el Arco de Triunfo del sur, levantado en el año 130 en conmemoración de la visita que el emperador Adriano realizó a la ciudad.

y

Originariamente la población estaba rodeada de una muralla que la defendía de los posibles ataques de los invasores procedentes del desierto. En la actualidad no existen más que leves vestigios de esta edificación. Jerash tenía, en esta época, mercados, baños, templos, teatros y, con el cese de la persecución cristiana, también contaba con iglesias y templos de diversos tipos. Gran parte de todas estas construcciones se destruyeron en el año 614 cuando los persas atacaron la ciudad y la devastaron.

Los monumentos más destacados de Jerash, cuyos restos podemos admirar, aparte de los ya citados, son: el Teatro Pequeño; el Teatro Grande; el Ninfeo, dedicado a las ninfas del agua y construido en el año 191; el Templo de Artemisa, elevado en el año 162 o el Templo de Zeus, cuyas tareas de construcción duraron más de 50 años. La gente originalmente subía a este templo mediante una escalera de unos 80 metros de largo, flanqueada por columnas. El suministro de agua a la antigua ciudad era posible gracias a la fuente Qairawan y el desnivel existente entre la fuente y la ciudad se salvaba gracias a una ingeniosa red de canales.



La grandeza de lo que fue Jerash es todavía visible hoy en día. Las magníficas construcciones, las inmensas columnatas, el labrado de las piedras, la magnificencia de su plaza ovalada o los restos de sus templos muestran claramente al visitante lo que fue antaño. Su magnífico estado de conservación, una de las mejor conservadas fuera de territorio italiano, es otro aliciente para visitar esta extraordinaria urbe. Si además tenemos en cuenta que todo el amplio perímetro que abarca no es más que el veinte por ciento de lo que originariamente fue la ciudad, tendremos una idea más aproximada de

lo que antaño fue esta gran urbe de la Decápolis y los secretos que todavía tiene que mostrar al mundo.

Otra de las capitales que integraron la Decápolis fue Pella, la actual Tabqat Fahl. Hasta hace apenas unos años era tan solo un terreno yermo del que apenas sobresalían algunos pequeños rastros de lo que antaño fue una floreciente metrópoli. La visita del turista no tenía más aliciente que el de recorrer unas colinas reseca sabiendo que debajo de sus pies yacían los restos de una poderosa ciudad romana. El único vestigio que quedaba de lo que fue un esplendoroso centro comercial eran las ofertas que los chiquillos del lugar realizaban a los visitantes. Mezclados con los souvenir al uso, los pequeños ofrecían a los turistas monedas desenterradas y otros objetos, unas veces verdaderos y otras veces simples falsificaciones. La poderosa ciudad de la Decápolis apenas daba para nada más. Tabqat Fahl está situado al este de Irbid, a casi 80 kilómetros de Amman, y a orillas del arroyo Wadi Jirm. Es uno de los yacimientos arqueológicos más importantes de Jordania, y las excavaciones que se están llevando a cabo desde hace ya algunos años están alumbrando algunas de las grandes edificaciones que tuvo aunque el trabajo que resta es enorme teniendo en cuenta las características que poseyó en su época de apogeo.

En los trabajos se han encontrado restos que se remontan al Calcolítico, Neolítico y Edad del Bronce, lo que demuestra la antigüedad del lugar y la riqueza y variedad de testimonios que los trabajos arqueológicos pueden alumbrar. En la actualidad se pueden admirar los restos de fuentes, baños, casas, columnatas, un teatro romano, una gran cisterna de agua de la época bizantina, una iglesia bizantina a la que se accede por una escalinata y una pequeña mezquita mameluca de la época islámica de la ciudad.

Los restos de Pella nos hablan de una ciudad viva que formó parte de la Decápolis romana y que en su época dorada gozó de un gran esplendor. Su buena fortuna se truncó en el año 747 d. C. en que un gran terremoto la devastó dejándonos los vestigios que hoy podemos contemplar.

Pero Pella guarda otra sorpresa a sus visitantes. A unos 4 kilómetros de distancia se localiza la aldea Beit-Ids y, según algunas fuentes, este es el lugar al que se retiró Jesucristo a meditar durante 40 días y 40 noches en la llamada “Cueva de la Llave”. Según esta versión Jesús no se retiró al desierto sino a este lugar a vivir como un beduino y preparar su vida pública. Esta versión no es más que una opinión audaz, pero se hace interesante acercarse al lugar para comprobar el extraordinario paisaje que no parece haber cambiado en los últimos dos mil años.

La ciudad jordana más importante que integró un día la Decápolis fue Filadelfia, la actual Amman, y para hacernos una idea aproximada de lo que significó esta metrópoli conviene antes hacer un poco de historia. Hay que señalar previamente que Amman y Moab fueron descendientes de Lot y que sus tribus se instalaron en diversas zonas dando nombre al territorio que ocuparon.

Según los libros sagrados esta zona era lugar de paso de caravanas, comerciantes y ejércitos por lo que se constituyeron diversos núcleos urbanos de mayor o menos importancia, entre ellos Amman. Las tribus que residían en la zona eran los amunitas y los moabitas que tenían su frontera en el desierto por el este y el Mar Muerto al oeste.

La frontera norte, más allá del Mugueb, era un terreno en permanente cambio. El centro del reino de Moab era Kir Harsset, la actual Karak. En este tiempo Amman, la actual capital jordana, era una ciudad de cierto apogeo cultural.

Desde el siglo VI a. C. los nabateos se habían hecho con el control del sur de Jordania y construyeron fortalezas y carreteras convirtiendo el comercio y el arte en una seña de su

identidad, muestras de las cuales han llegado hasta nuestros días. Por su parte los adumitas fueron obligados a dejar sus tierras después del saqueo de Jerusalén a manos de los caldeos en el 587 a. C. y los amunitas se asentaron en el lado nororiental del Moab llegando hasta El Zarqa. Amman era por entonces una ciudad amunita llamada Rabit Ammun.

Durante el siglo XIII a. C. los amunitas consiguieron fundar su reino, mucho antes que los israelitas, que aún vivían en la era de los Jueces y que tuvieron que esperar para fundar el suyo hasta la llegada de Saúl en el 1030 a. C. Eran los tiempos del profeta Samuel y sus refugios eran los castillos y fortalezas fronterizas e interiores. Esta necesidad de defenderse de los permanentes ataques de los pueblos vecinos y los habitantes del desierto, marcaron sus pautas de conducta. Ni el propio Salomón pudo sustraerse a tanta influencia amunita y a sus numerosos dioses. El rey Salomón se casó con una mujer de esta tribu y les permitió seguir adorando a sus dioses: “El rey Salomón amó a muchas mujeres extranjeras, además de la hija del Faraón, moabitas, amunitas, edomitas, sidonias, hititas, de los pueblos de los que dijo Yahvé a los israelitas: «No os uniréis a ellas y ellas no se unirán a vosotros, pues de seguro arrastrarán vuestro corazón tras sus dioses», pero Salomón se apegó a ellas por amor; tuvo setecientas mujeres con rango de princesas y trescientas concubinas. En la ancianidad de Salomón sus mujeres inclinaron su corazón tras otros dioses, y su corazón no fue por entero de Yahvé su Dios, como el corazón de David su padre. Salomón se fue tras de Astarté, diosa de los sidonios, y tras de Malkom, monstruo abominable de los amunitas. Salomón hizo lo malo a los ojos de Yahvé, y no siguió plenamente con Yahvé como David su padre. Entonces edificó Salomón un altar a Kemós, monstruo abominable de Moab, sobre el monte que está frente a Jerusalén, y a Malkom, monstruo abominable de los amunitas. Lo mismo hizo con todas sus mujeres extranjeras que quemaban incienso y sacrificaban a sus dioses”. (I Reyes 11:1-8).

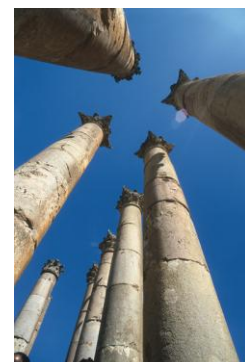
Los pueblos vecinos de Israel eran paganos y los profetas vigilaban para no permitir la infiltración de sus dioses en su territorio. Abandonar “al único Dios” era entonces sinónimo de destrucción. Las relaciones entre los pueblos vecinos oscilaban entre la paz y la guerra aunque según el Antiguo Testamento los israelitas no codiciaron jamás la tierra de los amunitas: “No te acerques a la tierra de Ammun, no les desafíes, no te doy la tierra de los amunitas como herencia”. Amman está presente en el Antiguo Testamento también debido a los comentarios de varios profetas que vaticinaron muchos desastres para la ciudad de Rabit Ammun, es decir, Amman. Es el caso de Amos en el 750 a. C.; Armia en el 635 a. C. o Sefnia en el 630 a. C. sin embargo, la ciudad sobrevivió a las sucesivas conquistas de que fue objeto y ha perdurado hasta nuestros días.

Por aquí pasaron los asirios, que la ocuparon entre el 700 y el 600 a. C.; posteriormente fueron los babilonios, que la mantuvieron hasta el 539 a. C.; a continuación vinieron los persas que la mantuvieron bajo su dominio hasta el 331 a. C.; más tarde fueron los griegos que estuvieron hasta el 63 a. C. (Fueron los griegos quienes renombraron la ciudad dándole el nombre de Filadelfia) y, finalmente, los romanos que mantuvieron su ocupación durante seis siglos hasta el 636. Todos ellos dejaron su huella en la ciudad y las edificaciones que hoy podemos contemplar como parte de su patrimonio histórico no



son más que edificaciones construidas sobre otras más antiguas.

Cuando Pompeyo anexionó las tierras de Siria y Palestina al imperio, muchas ciudades conocieron un auge sin precedentes gracias a la



más refinada cultura romana y, también, gracias al papel político que estas ciudades jugaron para mantener el dominio sobre los territorios. Fue entonces cuando Amman pasó a tener un papel destacado ya que fue una de las ciudades elegidas para formar la coalición de las diez, es decir, la Decápolis. Gozaba de un estatuto especial que le otorgaba una gran autonomía, incluso se le permitió acuñar su propia moneda con la efigie del emperador a cambio de pagar un tributo anual al gobernador de Siria.

De igual forma que habían hecho en Jerash y Um Qais, los romanos volvieron a planificar la ciudad, destruyeron edificios antiguos, levantaron otros nuevos, despejaron espacios y establecieron el característico cardo y decumano de sus distribuciones urbanas. Entre las numerosas construcciones que realizaron figuraban los baños, un mercado, un anfiteatro y rehicieron la ciudadela defensiva de la parte alta de la ciudad fortificando sus torres y sus murallas. Con el paso del tiempo Amman se romanizó y su vida social fue muy semejante a la de la metrópolis. El circo, el teatro y las carreras de caballos fueron los medios de diversión más habituales en la ciudad.

De su época cristiana también existen vestigios en forma de iglesias o templos sobre algunos de los cuales se han levantado posteriormente mezquitas. Pero los lugares históricos atesoran numerosos vestigios de su pasado y, regularmente, asoman nuevas pruebas de las culturas que lo habitaron.

Como ejemplo de ello se puede señalar lo acontecido en Guebiha, una pequeña localidad situada al noroeste de Amman y distantes unos siete kilómetros que, en la actualidad, se ha convertido prácticamente en un suburbio de la capital. En 1976 cuando Ahmed Saled se disponía a poner los cimientos de su nueva casa salió a la luz los restos de una iglesia con fragmentos de mosaicos bizantinos. El suelo de la iglesia estaba decorado con una capa de mosaico policromada, por desgracia bastante dañada. Los adornos se encontraban solamente en el corredor central y en la zona del altar se hallaron ejemplares geométricos incrustados por una cruz de pequeño tamaño, con forma de espiral, a modo de estrellas entrelazadas, con dos cuadrados cruzados formando una gran estrella octogonal. Adornos parecidos han sido descubiertos en las iglesias de Pedro y Pablo en Jerash. Llama la atención los medios círculos decorados con plantas en un gran plato de donde salen hojas de parra, también hay una copa de vid. La copa y la vid simbolizan el Santo Sacrificio. Estos símbolos fueron hallados también en la iglesia del Santo Gaerguios y la iglesia de Pedro y Pablo de Jerash. Símbolos similares se localizaron en una iglesia en Beni Hasan y en la iglesia de Eloy en El Majit, al oeste de Mádaba. Como podemos ver la historia y sus testimonios moran bajo estas tierras milenarias.

En la actualidad, la ciudad ofrece al visitante numerosos vestigios de diferentes épocas, especialmente romanos, algunos de los cuales han tenido una excelente conservación. En la Ciudadela todavía se puede contemplar el Templo de Hércules, construido por los romanos en la parte más elevada de la ciudad, durante el gobierno de Marco Aurelio en el 160 d. C. La edificación fue dedicada al dios Hércules y estaba presidida por una estatua gigante colocada a la entrada del templo. En la actualidad pueden verse restos del hombro y de la mano. Este edificio fue levantado en el lugar en el que antiguamente los amunitas hacían las ofrendas a sus dioses. Desde el altar una escalera descendía hacia la ciudad con una entrada ricamente ornamentada.

Otro lugar que todavía persiste es el anfiteatro con capacidad para 8.000 espectadores. Su orientación es hacia el norte para que los asistentes no sufrieran las molestias del sol durante las representaciones. Como era costumbre fue diseñado aprovechando la falda de la montaña y, de tal modo, que las voces de los actores podían ser escuchadas nítidamente incluso en la parte más elevada de las graderías. Las obras tristes se

representaban por la mañana mientras que por la tarde se realizaban las obras cómicas. El anfiteatro fue construido en el 130 d. C.

El Odeón, que fue levantado dos siglos después de Cristo, y el Ninfeo son dos ejemplos más de las magnificas construcciones que adornaban la urbe. Se estima que la población de Amman llegó a tener en esta época unos 80.000 habitantes. No es difícil imaginar por esta muchedumbre el incesante ruido de las caravanas en la plaza pública, el deambular de los esclavos y trabajadores en su discurrir entre la parte baja y la parte alta de la ciudad y el bullicio de las fiestas religiosas con sus cánticos y su ascenso a los templos portando hojas de palmera en las manos. El anfiteatro captaba una décima parte de la población y era el lugar de ocio más concurrido por la plebe mientras los ricos pasaban largo tiempo en los baños donde corría agua caliente y fría. Pese a los designios de los profetas, la ciudad perduró y su bienestar y su riqueza económica se mantuvo. Hoy es la capital de Jordania.

